



BRUMA OSCURA 3

**EL ASESINO**  
**DE LA MARGARITA**  
**SANGRIENTA**

M.G.PINEDA

## BRUMA OSCURA III

# EL ASESINO DE LA MARGARITA SANGRIENTA

M. G. PINEDA

Título: *El asesino de la margarita sangrienta*

© 2017, [M. G. Pineda](#)

De la edición y maquetación: 2017, [Romeo Ediciones](#)

Diseño de la cubierta: 2017, Sol Taylor

Primera edición: enero de 2017

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Todas las ciudades y los hechos, al igual que los personajes que aparecen en este libro, son fruto de mi imaginación. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Puedes seguirme en:



# Índice

[Alison](#)

[Brus](#)

[Alison](#)

[Dilan](#)

[Alison](#)

[Brus](#)

[Alison](#)

[Dilan](#)

[Brus](#)

[Alison](#)

[Brus](#)

[Alison](#)

[Dilan](#)

[Alison](#)

[SINOPSIS](#)

[Sobre la autora](#)

[Otros libros de la autora](#)

Si no te importa lo que piense  
la gente, ya diste el primer  
paso del éxito.

PAULO COELHO

Todas las ciudades y los hechos, al igual que los personajes que aparecen en este libro, son fruto de mi imaginación. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

## Alison



Bajo del taxi. Estoy frente al hospital donde está internada mi madre. Me quedo un rato mirando aquel lugar. «¿Cómo puede estar mi madre metida en este centro de personas dementes?, ¿qué le ha podido pasar a ella?, ¿por qué, Dios mío, por qué?», pienso. Suspiro liberando tensiones y entro traspasando la puerta de hierro. Enfrente de mí está el edificio blanco de aquella casa de reposo. Hay un jardín bastante grande antes de entrar al edificio. Veo algunos pacientes sentados bajo los árboles en sendos bancos de madera con sus respectivas enfermeras a su cuidado. Una vez que entro, me dirijo a la recepción y pregunto por mi madre.

—Buenos días, ¿podría ver a la señora Alison Barton?

—Buenos días, ¿quién la visita?

—Su hija.

—¡Ah! Señorita Barton, el doctor necesita hablar con usted o con un familiar directo. Aquí solo aparece una amiga de la paciente. En tantos años que lleva su madre internada ni un solo familiar ha venido a verla.

—A partir de hoy yo vendré a verla siempre que pueda y cuando mi trabajo me lo permita.

—Ella se va a poner muy contenta, seguro que sí. Aunque no lo demuestre ni sienta ninguna variación en su semblante, seguro que será así. Venga, la llevo a su habitación, no está muy lejos.

La enfermera me lleva a la habitación de mi madre. Mi corazón late apresuradamente. Entramos en una habitación blanca con una ventana grande que da a un jardín con muchas flores de diversos colores. La habitación está en la par-



te opuesta a la entrada principal. Delante de la ventana está mi madre. Me quedo asombrada, extrañada, veo a mi madre hundida. No puede ser, no puede estar tan enferma. Pobre madre mía, no pudo aceptar la muerte de mi padre. Dios mío, tenía que haberme venido cuando me enteré de la muerte de él, haber dejado la academia de policía y mis estudios en Scotland Yard. No lo hice en su momento y ahora, al ver a mi madre en este lamentable estado, me apena, siento rabia dentro de mí. Siento un arrepentimiento que inunda mi alma de pesar, pero ya no se puede volver atrás. Me siento junto a ella, le tomo la mano. La enfermera sale dejándonos a solas, cerrando la puerta tras ella. Miro a mi madre, me conmueve su vacío, su soledad... Mantengo su mano entre las mías y se la acaricio, le doy calor. Le susurro muy bajito:

—Mamá, he vuelto. Ya no me iré más de tu lado, vendré todos los días a verte, siempre que pueda. Ahora ya soy una superpoli como mi padre quería. Jacob Deep, el que lleva vuestra unidad, me ha escrito una carta. En ella me comunica que tiene que hablar conmigo con urgencia, algo importante tiene que decirme. Mañana tengo una entrevista con él.

Mi madre sigue mirando ausente por la ventana. Le digo:

—Mami, mi hermano Alan está muy bien. Ya es un bailarín profesional. Baila en un ballet muy importante. Quiero que sepas que en Navidad viene a nuestra ciudad, y tú y yo iremos a verlo. No puedes ni imaginarte lo guapo que se ha puesto, está tan delgado... Es muy feliz, mamá, no sabes cuánto. Una vez estuve viéndolo bailar. Él se mueve y salta como una pluma en el aire. Es como si su cuerpo no le pesara nada. Mamá, lo que más siento es no ser yo la bailarina y que Alan fuera policía, comisario... como tú deseabas. Yo soy igual que tú, mamá. Voy siempre a contracorriente, sé que tú tuviste que luchar mucho, fuiste una de las primeras mujeres que estudió el perfil psicológico de los

asesinos. Yo soy una de las primeras en ser comisario. Estoy lista para conseguirlo, seguí la senda que dejasteis papá y tú.

Mi madre está sin moverse, no me escucha. No ha notado mi presencia. Lo que yo le digo es como si hablara con la pared. No veo ni un gesto, ni un cambio en su rostro, nada. Yo estoy luchando contra mi propia frustración, mi impotencia de no conseguir nada con mi madre. De repente, la puerta se abre y entra la enfermera, la cual me dice:

—Señorita Barton, el médico quiere hablarle enseguida. ¿Puede usted?, ¿puede venir?

—Voy enseguida. —Me dirijo a mi madre y le doy un beso en la mejilla—. Mamá, voy a hablar con el doctor. Cuando pueda, vengo a verte otra vez. Adiós, mami, te quiero.

Salgo de la habitación detrás de la enfermera. Esta me lleva a un despacho donde se encuentra el médico. Es un hombre que rondaría los cuarenta años o más. Tiene el cabello castaño claro y sus ojos, de un color otoño dorado, le brillaban como la miel. El tal doctor está muy interesante físicamente. Su voz es suave, melosa y me habla con mucho tacto.

—Me alegra conocerla, aunque es como si ya la conociera. Me han hablado mucho de usted.

—Igual le digo, doctor, pero ¿quién le habló de mí?

—Fue una amiga de su madre, la única que viene a verla.

—Yo no he podido venir a ver a mi madre porque he estado fuera en el extranjero, en una academia de policía especial. Mi padre así lo quiso. Me hizo prometer que no regresaría a casa hasta que no terminara mis estudios, yo se lo prometí. La muerte de mi padre fue dolorosa para mí y no poder darle un beso de despedida fue lo más duro de soportar. Ahora, al ver a mi madre en esta situación, me

duele y me llena de sufrimiento. Por favor, dígame, doctor, ¿por qué está así?, ¿qué le ha pasado y por qué?

—Lo que voy a decirle no tiene lógica entre la profesión médica. Unos meses después de la muerte de su padre, ella cayó en una fuerte depresión. Estaba sola, eso fue muy duro para ella y no asimiló quedarse sin su marido.

—Doctor, si mi madre es psicóloga, ¿cómo le pudo pasar una cosa así? Tenía herramientas para luchar por ella misma y sobrevivir a su dolor. En el fondo ella no estaba sola, nos tenía a mi hermano y a mí.

—Cada cuerpo reacciona al dolor de diferente manera. Nunca se sabe por qué sucede... lo que sucede, pues los oscuros entresijos del pensamiento son muy complicados. Yo mismo le digo que me cuesta creer y más impotente me encuentro cuando no consigo logros.

—Doctor, nunca pensé que mi madre cayera en ese pozo sin fondo donde se encuentra ahora. ¿Es difícil de recuperarla, doctor?

—Para recuperarla, como dice, yo lo que le aconsejo es que le hable mucho, que la acaricie, que ella sienta su contacto y que la necesita. Estoy seguro de que tiene que reaccionar a esos estímulos de amor. Usted se los puede dar con su compañía, bésela, acaríciela siempre que pueda.

—Eso espero, que ella reaccione. Lo deseo tanto... Vendré a verla siempre que pueda.

—Es lo mejor que puede hacer por ella, darle todo su cariño, su compañía... Dentro de algún tiempo iremos viendo el resultado que da su presencia.

—Si no necesita otra cosa, acabo de llegar del extranjero y lo primero que he hecho ha sido venir aquí a verla. Estoy muy cansada y aún no he pasado por la casa de mi madre.

—No la necesito por el momento, solo era para ponerla al corriente del problema de su madre. Le digo que me tiene muy sorprendido. En el fondo es como si ella no quisiera vivir, no hay nada que le importe en la vida.

—Yo voy a hacer lo posible por ayudarla y que recupere las ganas de vivir.

—Si alguien puede hacerlo es usted, no hay otra persona que lo pueda hacer mejor.

—Buenos días, doctor, vendré a su consulta para ir viendo si mi madre tiene evolución. Necesito estar al tanto de su salud.

—De acuerdo, la tendré informada. Cada semana tenemos visita con los familiares de los enfermos. Buenos días, señorita Barton.

Salgo de la consulta del doctor y me dirijo a la calle. En ese momento, recuerdo que mi equipaje lo había mandado por una agencia de transporte. Una vez fuera del hospital, veo que se acerca un taxi a dejar a algún familiar de algún enfermo. Le pido al taxista si me puede llevar.

—Buenos días, ¿me podría llevar a High City?

—Sí, señorita, la puedo llevar a donde usted quiera, estoy libre. ¿Dónde tengo que dejarla?

Le sonrío al hombre. Cuando le digo la calle donde me tenía que dejar, el hombre, muy amable, me abre la puerta del coche, subo al taxi y me acomodo en el asiento trasero. El hospital estaba en una zona alejada del centro de la ciudad de High City. Tardamos como veinte minutos hasta llegar a mi barrio, ese tan típico de todas las casas iguales. Pago al taxista y me quedo frente a la casa, mirándola como si fuera la primera vez que la veo. Mi casa, donde yo había vivido toda mi infancia y mi adolescencia hasta que mi padre me mandó a la academia, la más famosa de todo el mundo para mí. Abro la puerta y entro en la casa con aquel recuerdo. Un olor casi olvidado entra en mis sentidos, un olor que hacía mucho tiempo que no había respirado, todo está limpio y el un jardín bien cuidado. El perfume de algunas flores que crecen cerca de la puerta de casa se mezclaba en el ambiente.

Dentro está todo igual que cuando me marché. Seguro Arianna, la amiga de mi madre, viene a limpiar siempre que

puede. Ella nunca ha abandonado esta casa. Suspiro y me siento en el sofá, estoy muy agotada del viaje. No tardo en quedarme dormida. Me despierto sobresaltada. «¡Dios, qué tarde es, debo ir a comprar café y comida!», me digo. Salgo a la calle y primero me paso por la casa de Arianna. Esta se puso muy contenta al verme.

—Alison, cariño, eres toda una mujer. Estás preciosa, qué alegría verte mi vida.

—Yo también estoy muy contenta de verte. ¿Cómo están tu hijo y tu marido?

—Gracias por preguntar por ellos, están muy bien. Pero dime, ¿has ido a ver a tu madre?

—Sí, fue lo primero que hice esta mañana. Tenías que haberme dicho lo grave que estaba mi madre, hubiese dejado los estudios sin pensarlo, lo hubiese dejado todo para regresar al lado de ella.

—Yo no podía llamarte. Tu madre no quería que regresaras, sino que siguieras estudiando hasta terminar tu carrera.

—¿Qué le pasa a mi madre?, ¿por qué vive en el silencio?

—Fue después de la muerte de tu padre. Cada vez se encerraba más en sí misma. Dejó de trabajar hasta que cayó en un letargo, no quería ni hablar conmigo, se mantenía en silencio. Tuvimos que internarla para saber qué le pasaba y por qué. Ni los médicos lo saben. Ella se niega a vivir sin tu padre, tú sabes lo que se querían.

—Eso lo sé muy bien, ¡cuánto amor hubo entre ellos...! Pero ella era fuerte, ¿por qué se ha hundido de esa manera?

Arianna no me contesta, ignoraba la respuesta. Ella no tenía respuestas para mí, se queda en silencio. Le digo:

—Perdóname, tengo que ir a comprar antes de que cierren los supermercados.

—Estoy muy contenta de verte de nuevo. ¿Te quedarás algún tiempo o te marcharás de nuevo?

—Me quedo para siempre. Jacob se ha puesto en contacto conmigo. Mañana tengo que ir a hablar con él a ver qué me ofrece.

—Qué alegría, Alison, que trabajes en la unidad. Está muy deteriorada, a Jacob se le ha ido de las manos.

—Aún no sé si me va a contratar. Mañana me dirá lo que quiere, si me contrata o no.

—Claro que te contratará, si no para qué te iba a llamar. Cuéntame lo que decide Jacob. Adiós, espero verte pronto.

—Arianna, si no me voy del barrio, estaremos juntas.

Salgo de la casa de la amiga de mi madre y me dirijo al primer supermercado que había en el barrio. Entro en el negocio, no era muy grande, pero tenía la suficiente mercancía para no tener que ir a otro más alejado. Compró lo necesario y regreso a casa. Pienso en lo que me ha dicho Arianna de la unidad. Eso me deja preocupada, pienso mucho en sus palabras. Mañana saldré de dudas. ¿Qué era lo que le pasaba a la unidad y para qué Jacob me llamaba con tanta urgencia?

Me hago la cena y luego me siento en el sofá. Miro los retratos que había colgados. Me fijo en mi padre y mis abuelos, todo estaba como yo lo había dejado, como había estado siempre, en el mismo lugar. Me detengo en la foto de mi madre. Me torturo pensando en algo que no comprendo. Mi madre con problemas emotivos, psicológicos, la enfermedad del silencio... No me entra en la cabeza, no puedo razonar por qué, no entiendo. Ella era una mujer que comprendía los entresijos de la mente. Desde este momento yo me he propuesto recuperarla, sacarla de su silencio, de su pena y su soledad.

No quiero seguir recordando el pasado, estoy muy cansada de aquel largo viaje de regreso a casa. Me levanto del sofá y me voy a la cama. Es agradable estar de nuevo en casa, en mi antigua cama. Duermo toda la noche, no me he despertado ni una sola vez. Me siento descansada. Me

doy una vuelta en la cama y luego otra. Me siento tan bien entre las sábanas... Decido levantarme, aunque sin ganas. Voy para la cocina, me hago el café y me siento a tomarlo en la mesa de la cocina, como años atrás con mi padre y mi hermano Alan. ¡Qué bellos recuerdos me vienen a la mente! Éramos tan felices... y ahora mi padre muerto, mi madre enferma, mi hermano en otro país y yo tan sola...

Estoy un poco aturdida, pienso en la cita que tengo con Jacob. Me voy al baño y me doy una ducha rápida. Después recuerdo que en mi antiguo armario seguro que tengo algún vestido. Lo mejor es ir a buscar algo de ropa que ponerme. Espero que mi madre no me la haya tirado y me quede algún vestido de los que había dejado en la casa. Mi equipaje aún no ha llegado. Cuando termine de hablar con Jacob, me pasaré por la oficina y les preguntaré si ya ha llegado, y si no les digo que ya estoy en casa. Voy a mi cuarto, abro el armario, veo que mi ropa está bien ordenada, me pongo un vestido gris y compruebo que me queda bien. Mi sorpresa es que me queda perfecto, no he engordado nada, parece que es como si hubiese crecido un poquito, pues me queda más corto, pero no se nota mucho. Cojo una chaqueta negra, es lo único que tengo en ese momento, los zapatos negros que traía ayer y el bolso. Ya estoy lista para salir, es la hora de ir a la comisaría. Antes de salir miro de nuevo las fotos de mi familia, a mi padre, necesito fuerzas para seguir adelante. Me decido, abro la puerta, la cierro tras de mí y voy caminado hasta la comisaría.